

Dos poemas

David Huerta

DONDE CAÍSTE

Donde caíste, ahí deja tu vara
de sonámbulos nardos;
deja tu caudalosa
forma de tenedor y de milímetro.
Pasa delante del lugar
como si, de la lumbre, viudo fueras;
de los hielos quemantes,
biznieto y heredero;
de las trémulas aguas
sobrino espeso, tartamudo, cuerdo.

Donde caíste, besa tu esqueleto.

Pasa, cierra los nudos,
aligera la nieve en las ventanas,
dobla tu cáliz rojo,
bruñe los crucifijos de tus vértebras.

Donde caíste, en fin,
deja un sabor de límite en la altura
y en el sótano el dulce
guijarro de las resurrecciones.

GIGANTOMAQUIA

No hay ninguna sílaba perdida en el viento.

No se ha perdido ningún fonema o morfema,
palabras de difícil definición
utilizadas con precisión por los lingüistas.

Hay en cambio, en el soterrado vidrio
de los rechazos deseados, una forma de daga
que no alcanza las bocas.

Eso está adentro: entre las vísceras,
como un mecate mojado de lo que no debiera,

como una reptante profecía
nunca del todo desprendida de los labios demiurgos.

El interior es oscuro, la superficie es oscura:
lame la sombra el verbo y se desploma el tiempo.

No hay sílabas extraviadas; hay formas bullentes
en el pausado interior de las fisiologías,

lentas siluetas de hervor, cadencias llamadas
pasiones, símbolos de arrasamiento, corolas

de inmensidad para la frente de los niños
de cien brazos. Hay una sospecha

de que la guerra de los gigantes va a comenzar
en la nueva edición, la ansiada

por los magnates y los sacerdotes en sus elevaciones
y en sus trajes magnéticos y en sus labios de papel.